

4. Una transmisión abierta

San Pablo también expresa la conciencia de que su servicio de transmisión prolonga la transmisión de Pedro y los otros Apóstoles. Pablo estaba preocupado por servir a la transmisión de Cristo con su fidelidad a la tradición apostólica. Leemos, por ejemplo, en los Hechos de los Apóstoles: "Al pasar por las ciudades, comunicaban las decisiones de los apóstoles y presbíteros de Jerusalén, para que las observasen." (Hech 16,4). Y esto transmitió a las comunidades una vitalidad fructífera: "Las iglesias se robustecían en la fe y crecían en número de día en día" (Hech 16,5).

Y es a partir de esta humilde fidelidad que Pablo podía pedirles a los discípulos que acogieran incluso de él, la tradición apostólica. Escribe a los corintios: "Os alabo porque os acordáis en todo de mí y mantenéis las tradiciones como os las transmití." (1 Co 11,2). O a los Tesalonicenses: "Así, pues, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de viva voz o por carta." (2 Tes 2,15).

Y en este sentido, San Pablo advierte a aquellos que dicen vivir cristianamente sin vivir en la transmisión: "En nombre del Señor Jesucristo, os mandamos, hermanos, que os apartéis de todo hermano que lleve una vida desordenada y no conforme con la tradición que recibió de nosotros." (2 Ts 3,6)

En este sentido, es bueno tocar, muy brevemente, un aspecto de la pregunta contra la cual Jesús ya nos advierte, especialmente en sus disputas con los fariseos. Es la tendencia a tomar posesión de la tradición, a encerrarla, no a mantenerla siempre abierta, siempre "fluyendo", como la del mismo Jesús. Esta es la tendencia a transformar la transmisión que se requiere de nosotros en una tradición que poseemos, que hemos poseído.

El pasaje más esclarecedor sobre este tema se puede encontrar en el capítulo 7 del Evangelio de Marcos. Es la disputa que los fariseos echan sobre las tradiciones de los antiguos cuando ven a los discípulos comiendo sin lavarse las manos. Jesús aprovecha la oportunidad para condenar su posición, precisamente porque toma posesión de la transmisión de la palabra de Dios aprisionándola en tradiciones cerradas sobre sí mismas: "Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos". Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres». Y añadió: «Anuláis el mandamiento de Dios por mantener vuestra tradición. Moisés dijo: "Honra a tu padre y a tu madre" y "el que maldiga a su padre o a su madre es reo de muerte". Pero vosotros decís: "Si uno le dice al padre o a la madre: los bienes con que podría ayudarte son *corbán*, es decir, ofrenda sagrada", ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre; invalidando la palabra de Dios con esa tradición que os transmitís; y hacéis otras muchas cosas semejantes."(Mc 7,6-13)

"Invalidando la palabra de Dios con esa tradición que os transmitís; y hacéis otras muchas cosas semejantes" (Mc 7,13). Este verso expresa el quid del problema. Debería hacernos reflexionar cuando consideramos nuestra forma de vivir la vida monástica, nuestra tradición monástica, para ver si, sí o no, permanecemos en una transmisión humilde y abierta de un don, o si nos reducimos a ser guardianes jurados de antigüedades encerradas en la caja fuerte de nuestra observancia, una caja fuerte, sin embargo, cada vez más oxidada. Jesús nos recuerda aquí que la fuente de toda tradición y transmisión es la palabra de Dios, o el mandamiento de Dios (7,9). Nos recuerda que la tradición nunca permanece viva si no se nutre de su fuente original y eterna: Dios que habla a los hombres, Dios que revela su voluntad, su verdad, su amor. Dios, sobre todo, que se expresa plenamente en su Palabra, el Hijo unigénito, que se hace carne y habita entre nosotros.

Sí, tenemos este terrible poder para "invalidar" esta fuente eterna. Y esto simplemente porque, para los fariseos, la palabra de Dios y el mandamiento de Dios son solo un pretexto para sacralizar su autonomía, la ley que ellos mismos producen, la tradición, como dice Jesús, que ellos se transmiten.

La gran corrupción inherente a todo tradicionalismo está en el hecho de que perdemos la relación con la fuente de la tradición, perdemos el contacto con la palabra del Dios vivo, perdemos la conexión de los mandamientos con la voluntad de un Dios que es, que fue y que viene, para mantener bajo su propio control una tradición delimitada, bien cerrada, que ya ha perdido su fuente y su irradiación. Esta es la lámpara colocada debajo del celemín. En San Marcos, Jesús parece querer expresar con la expresión "ser traído" el hecho de que la luz no viene de nosotros, viene de otra parte, de alguien que no seamos nosotros: "Les decía: '¿Se trae la lámpara para meterla debajo del celemín o debajo de la cama?, ¿no es para ponerla en el candelero?' " (Mc 4,21).

Porque el gran problema de las tradiciones cerradas, no transmitidas desde Dios al mundo, es que se ahogan, que se agotan, que se secan, que se extinguen. Toda tradición, toda observancia, toda doctrina que pierda su fuente e irradiación morirá inevitablemente.

San Pablo tenía un agudo sentido de este peligro, porque lo había atravesado. En su juventud se encerró en una tradición que los fariseos se transmitían entre sí y no podía admitir que ninguna novedad llegara a romper este sistema definitivamente cerrado, donde la palabra de Dios, los mandamientos de Dios, no tenía otra fuente que la misma tradición cerrada. Ninguna prueba, ningún testimonio, ninguna muestra de santidad, como el ejemplo de San Esteban, llegó a perturbar la cerrazón de la tradición que Pablo defendió sin piedad. Hasta el día en que la Fuente viva de toda tradición, la Palabra de Dios en persona, Jesús, le habló personalmente y, de repente, Saulo se dio cuenta de que la Palabra de Dios se había creado una transmisión que, por así decirlo, sobrepasaba su tradición impermeable e inoxidable. La Luz ya había llegado, y él estaba ciego, la había dejado pasar sin verla. Como escribe San Juan: "Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió." (Jn 1, 5). Era Saulo, no la Luz, quien estaba debajo del celemín.